

# VIVIR CON SENSIBILIDAD (QUÍMICA MÚLTIPLE)

La tierra ama nuestras pisadas  
y teme nuestras manos.  
Joaquín Araujo.

Respiro  
un aire que compartimos  
es nuestro, tuyo, de todos.

Es magia transparente que nutre al planeta vive en mi  
perro y en mis geranios atraviesa la tierra para llovernos,  
regalarnos vendavales o granizos.  
Y también paz.

Ahora nos roban las nubes  
el suavizante convierte tu camisa en una pradera el  
ambientador de kiwi hace de tu casa un paraíso el  
último perfume unisex te vuelve arrebatador.  
Millones de euros en publicidad.  
Millones de partículas tóxicas en el aire.

El planeta arrastra el cansancio  
de un siglo de industria,  
sus pulmones intoxicados de químicos  
que nadie quiere nombrar.

“Lo que no se menciona, no existe”,

piensan,  
pero no es cierto.

Somos canarios de la mina  
dando la voz de alarma  
la amenaza y el peligro son reales  
se escuchan en nuestro canto agónico  
en la vida que perdemos al respirar  
el humo de combustibles y barbacoas  
el champú y el brillo para uñas  
la tinta del rotulador de un niño  
que imagina un cielo con nubes amarillas.

Podrías pensar que mi sensibilidad es mía  
propiedad única e intransferible  
solitaria en un mundo globalizado.  
Pero somos muchos  
cada día más  
quienes buscamos “áreas blancas”  
—tal vez una quimera—  
zonas libres de químicos y radiación  
para bailar con el susurro de los sauces llorones  
un lugar donde soplen risas y los alisios más puros  
donde al cuerpo se le borren las rutinas y los síntomas  
donde el alma se convierta en germen  
del que brote una nueva lista de deseos.

Un lugar donde se escuche el rumor  
de la eternidad que fuimos,  
donde se respete la magia del aire que vive

en mi perro y en mis geranios,  
que nos obsequia vendavales y granizos.  
Y también paz.

Si fuese posible elegir,  
como en las tiendas o en el tiro al blanco  
hubiese pedido una enfermedad menos compleja,  
más normal,  
que me diese un respiro  
para poder ir al cine o al restaurante,  
entrar a una iglesia o besar a un niño.

Agotada  
con una herida que nunca cicatriza  
como la madre que hubo de parir todas las tierras  
sin recibir alimento  
me sobran los motivos para no salir de casa:  
vómitos y cefaleas  
desmemoria y fatiga  
el ahogo del pecho  
la cabeza revuelta como piezas de un puzzle agitado  
vértigo sin abismos  
taquicardia y picores  
afonía y tos  
el insomnio durmiendo en la almohada  
dolores del derecho  
dolores del revés.  
Ninguna pastilla para remediarlo.

Mi piel respira  
con su aliento de poros y glándulas  
la luz y el ruido que le sobran al mundo.

En mi imaginación soy libre  
como el ave que vuela hasta el pico más alto del silencio  
como la mariposa que migra a otro país  
como el lince que, veloz, deja atrás a su sombra.

Mi cuerpo se guarda en los límites de mi casa  
–estrecha cárcel–  
aquí no necesito mascarilla  
–cárcel aún peor–  
con mi purificador doméstico  
y una ventana amable  
convierto mi hogar en la poesía  
donde alcanzo a ser lo que deseaba ser.

El mundo entero se queda tras el cristal:  
los amigos y la familia  
los coches y las boutiques  
aviones fumigando cereales y frutas  
la ropa recién lavada del vecino  
los transgénicos  
la natación y el trabajo  
los océanos bañados en mercurio  
los bosques sin ramas.  
Todas las especies en peligro de extinción.

Respiro  
un aire que compartimos.  
Cada vez menos.

Pilar Merino